

Las otras vidas de don Quijote en el *Quijote*

José Manuel Martín Morán

Università del Piemonte Orientale

martin.moran@uniupo.it

RESUMEN

En el *Quijote* de 1615, don Quijote conocerá la existencia de otros tres don Quijote en el mundo. Esas tres noticias abrirán abismos de incertidumbre en la marmórea voluntad de ser del caballero. Dos de ellos corresponden a dos avatares “reales” de su persona, que han escapado a su control: la imagen de sí que dejado estampada en un libro, el de 1605, el cronista árabe de sus aventuras y la que ofrece a los lectores un tal Alonso Fernández de Avellaneda. El tercero será una provocación del Caballero del Bosque, quien asegura haberlo vencido en singular combate, solo para obligar al sufrido manchego a medir sus armas con él y así poder obligarlo a encerrarse de nuevo en su aldea por un periodo indefinido. La reacción de don Quijote ante esos tres avatares inesperados condicionará la evolución del relato y terminará por dar origen a un nuevo modelo de novela.

ABSTRACT

In the 1615 version of *Don Quixote*, the character will become aware of the existence of three other *Don Quixotes* in the world. These three pieces of news will open chasms of uncertainty in the knight's steadfast will to be. Two of them correspond to two “real” avatars of his persona that have eluded his control: the image of himself left imprinted in a book, the one from 1605, the Arabian chronicler of his adventures, and the one presented to readers by a certain Alonso Fernández de Avellaneda. The third will be a provocation from the Knight of the Woods, who claims to have defeated him in a singular combat, only to compel the suffering man from La Mancha to measure his weapons against him and thus force him to confine himself once again to his village for an indefinite period. *Don Quixote's* reaction to these three unexpected avatars will shape the evolution of the narrative and ultimately give rise to a new model of the novel.

Palabras clave: Don quijote, identidad, doble, construcción del relato, modelo narrativo

Keywords: Don Quixote, identity, double, narrative construction, narrative model

1. LAS OTRAS TRES VIDAS DE DON QUIJOTE

En la segunda parte del libro que cuenta sus aventuras, don Quijote ha de afrontar situaciones que lo colocan en el límite de lo conocido, con no poco peligro para su identidad de caballero andante. El asendereado buscador de nuevas empresas en descampado de la primera parte, en esta segunda, tendrá que orientarse en los espacios urbanos de una metrópolis como Barcelona (II, 61-65) –eso, por no hablar de la gran metrópolis del Toboso (II, 9-10)-; frente al cómodo y confortable desplazamiento horizontal por la superficie infinita de La Mancha de 1605, en 1615, no le quedará más remedio que aprender a moverse en el espacio vertical, con la ayuda de una cuerda, en la cueva de Montesinos (II, 22) y de una clavija con la que conducir al alígero Clavileño (II, 41), en el palacio de los duques. Nuestro héroe también afrontará impertérrito el cambio de hemisferio, en su periplo ecuatorial por las procelosas aguas de un río poblado de fantasmas enharinados (II, 29); y no se le erizará el vello ante nada menos que el mismísimo Diablo y su compañera la Muerte, tal vez porque sean solo actores de la compañía de Angulo el Malo (II, 11). Pero todo ello no serían más que tortas y pan pintado, como diría Sancho, si no se le añadiera la experiencia del límite de la propia identidad, ante los otros don Quijotes, al acecho de un momento de debilidad para suplantarlo *ipso facto e in situ*. Y lo peor del asunto es que todos ellos tienen unas vidas bien desarrolladas y conocidas por millares de personas, al menos en un par de casos, y con una retahíla de vivencias –en ese mismo par de casos-, que avalan la solvencia de la identidad alternativa propuesta al héroe manchego.

Antes de adentrarnos en consideraciones de mayor calibre sobre la dinámica de la identidad y el conflicto con el otro, déjenme que repase con ustedes los tres peligrosos embates a la identidad de don Quijote de los que estoy hablando.

El primer envite se lo da su querido Sancho, en el umbral de la segunda parte, cuando le comenta que Sansón Carrasco ha vuelto de Salamanca con una noticia que los incumbe: hace ya un tiempo que se ha publicado un libro que cuenta las andanzas de la pareja por tierras manchegas en busca de aventuras. Impaciente, don Quijote pide a su escudero que lleve a su casa al mensajero, para que le cuente por extenso todo lo referente a tan enigmático asunto. Que para don Quijote lo sea se entiende por estas palabras:

No se podía persuadir a que tal historia hubiese, pues aún no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que había muerto, y ya querían que anduviesen en estampa sus altas caballerías (II, 3).

Conviene aclarar que el calendario de don Quijote se rige por ritmos diversos respecto al de los lectores: lo que para nosotros son diez años, los transcurridos entre la publicación de la primera y la segunda parte, para él es escasamente un mes, el que lleva encerrado en casa, reponiéndose de las secuelas de la segunda salida. Lo de “la sangre enjuta” no se lo tomen en cuenta; todos sabemos que nunca don Quijote atravesó, rajó o hendió ningún cuerpo humano; se trata solo de un modo de hablar propio de su papel.

Sorprende en esta declaración del caballero su desconfianza ante la habilidad de escritura rápida de su cronista, cuando al principio de la primera parte le atribuía dotes poco menos que de hechicero:

¡Oh tú, sabio encantador, quienquiera que seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! (I, 2).

Afortunadamente, tras la duda inicial de 1615, recupera su empaque y sus instrumentos de comprensión del mundo, y vuelve a su primera idea acerca de la labor del cronista, que sigue viendo como un sabio encantador:

Imaginó que algún sabio, o ya amigo o enemigo, por arte de encantamento las habrá dado [sus altas caballerías] a la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito, puesto -decía entre sí- que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algún tanto, pero desconcóle pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide; y de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la había guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo a raya los ímpetus de los naturales movimientos (II, 3).

Su mente avanza por antítesis, desplegando primero las posibilidades de los dos términos en tensión; primero plantea la antítesis, “sabio, o ya amigo o enemigo”, para luego imaginar cómo se habrá comportado, tanto en un caso, como en el otro. La segunda posibilidad, “sabio enemigo”, le hace sospechar que lo haya podido tratar de escudero, pero en seguida descarta la idea (de nuevo la antítesis) y le contrapone una certeza: Sancho ha dicho que la obra publicada era un libro de caballerías, por lo tanto, el protagonista había de ser un caballero. Resuelto el primer escollo, se presenta el segundo, bajo forma de cancelación antitética de la solución anterior, pues el autor era moro y, en cuanto tal, había que temer que no hubiera tratado los amores de don Quijote por Dulcinea con la honestidad que se debe, y aquí, de nuevo, la antítesis entre la excelsa princesa tobosina y las emperatrices y doncellas por él rechazadas mantiene en vilo la incertidumbre sobre el tratamiento morisco de la fidelidad y decoro del cristiano caballero andante. El estado de confusión y anonadamiento de don Quijote queda bien reflejado, me parece a mí, en esta progresión lógica de su razonamiento, que necesita el apoyo en la negación de la idea anterior, para poder avanzar. El caso es que, hablando de los posibles tratamientos de su figura, don Quijote toma distancia de su presente, y acepta que haya espacio para interpretaciones y puntos de vista diferentes sobre sus hazañas, las cuales, por lo demás, recuerda de modo inexacto en lo relativo al menosprecio de reinas, emperatrices y doncellas, pues no otro se me ocurre que no sea el de Maritornes, y aun en ese se diría que el objeto del menosprecio era él y el sujeto la doncella.

En fin, la zozobra provocada por la noticia de la existencia del libro de 1605 lo sumerge en un mar de dudas, en el que se hunde su otrora inquebrantable certeza: la de que la tal obra no podía sino cantar las alabanzas de tan glorioso caballero como él ya era; y eso lo creía a pie juntillas aún en la puerta trasera del corral, por la que se acababa de evadir en busca de aventuras:

—Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro (I, 2).

¡Qué actitud tan diferente en los dos comienzos de salida! ¿Qué es lo que ha cambiado? Por de pronto, ha cambiado que, en I, 2, don Quijote expresa un requisito constitutivo de su condición de caballero andante: para serlo, o mejor para desear serlo, si sigue la vía de la imitación de lo leído en los libros, tiene que estar necesariamente convencido de que él también tendrá su propio libro de caballerías, como todos los colegas que le han precedido en tan dura religión. Ahora, en II, 3, el libro ha dejado de ser un requisito indispensable en su carrera

caballeresca y se ha convertido en una realidad incontrovertible, independiente de su parábola iniciática; ese libro ya no es el precipitado de la identidad de caballero andante verificada en sus hazañas, cuya basa es la voluntad de ser, sino que es solamente la versión no contrastada de un autor. La ecuación de 1605 hacía de la personalidad de don Quijote un bloque granítico compuesto por el cuarzo de su voluntad, el feldespató de sus hechos y la mica de las páginas en las que se habrían contado. Ahora, en 1615, don Quijote constata que ese libro está escrito y publicado independientemente de su voluntad; su control sobre la imagen de sí ha fallado: él nunca hubiera permitido que de la tarea se encargara un moro, con la escasa propensión a la verdad característica de su etnia (“de los moros no se podía esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas”).

Su zozobra nace justamente de la necesidad de suplir esa falta de control sobre la obra con un esfuerzo de imaginación que le restituya preventivamente la figura, así sea a grandes rasgos, que le ha diseñado el autor de marras; en definitiva, lo que don Quijote necesita representarse con urgencia, sin poder esperar la visita del bachiller de Salamanca, es la proyección de su identidad -su “persona” en la teoría junguiana (Jung 1985: II, 202)- que Cide Hamete ha podido ofrecer a los lectores. A quienes contemplamos su esfuerzo imaginativo desde la distancia de los siglos, conociendo la confianza en sí mismo de las dos primeras salidas (“Dichosa edad y siglo dichoso aquel...”), no deja de sorprendernos la obsesiva preocupación de ahora por la coherencia y la estabilidad de su “persona”. Máxime si se tiene en cuenta que, ni ahora ni entonces, su identidad se ha caracterizado por la estabilidad: en 1605, el presente del novel caballero no madura como un fruto de sus hechos de ahora, sino que se retroalimenta de la “persona” que sabe que será en el futuro; la voluntad y la convicción de alcanzar ese futuro mantiene unidas las dos instancias en ese bloque granítico del que hablaba. En 1615, en cambio, el presente se nutre del pasado, o mejor, de cómo su cronista, un moro, ha visto ese pasado. La desconfianza, desde su punto de vista, está más que justificada. Para el lector, pero también para la evolución del personaje de don Quijote, esta autoobservación conjetural, que implica el reconocimiento de la inestabilidad de la propia imagen de sí, antes de saber cómo ha sido tratado realmente, adquiere gran importancia, pues aquí es donde con toda probabilidad nace la autoconciencia del personaje. Don Quijote se sabe protagonista de un libro, es consciente de ello, pero además se observa en la distancia temporal y también desde un nivel de realidad diferente, pues el don Quijote de 1615, tan real como el libro de 1605, reflexiona sobre el don Quijote contenido en él. En esta simple operación de “autoscopia”, como decía, don Quijote va acotando el espacio de la conciencia, si es cierto lo que sostiene Freud (1978: 235), cuando dice que la conciencia nace al culmen de un proceso de separación del yo del resto del yo (Castoldi 1991: 255), con la finalidad de autoobservarse y autocriticarse.

Sansón Carrasco acude solícito a casa de don Quijote y lo tranquiliza con las primeras noticias. El libro ha sido todo un éxito; todos lo leen y a todos les gusta. Se han vendido ya más de doce mil ejemplares y, sobre todo...

-El moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuestra merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento así en las desgracias como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuestra merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso (II, 3).

Las palabras de Sansón debieron de ser un bálsamo para el corazón atribulado del fiel y honesto amador reconcomido por la poca fiabilidad del cronista morisco en tal materia. Pero las segundas noticias vuelven a abrir una grieta en su firmeza identitaria. El libro no está bien compuesto: tiene incongruencias y cuenta otras historias además de la de don Quijote y Sancho.

Y lo más grave: al caballero y su escudero los apalean con demasiada frecuencia. Ninguno de estos datos textuales contenta a los lectores, dice Sansón, y, como era de imaginar, tampoco a don Quijote y Sancho, quienes parecen sentirse directamente interpelados por las críticas, aunque no sea más que porque afectan a sus derechos de protagonistas relegados a un segundo plano por la intromisión de unos competidores y rebajados en su dignidad por el relato de las palizas. Comienza así un diálogo de tonos a veces claramente reivindicativos, en el que el escudero se apresura a atajar las críticas por el descuido macroscópico, relacionado con la desaparición y reaparición del rucio de las que el narrador de 1605 no ha dejado constancia en el relato. Tras esta negociación imposible, cuando ya nada es modificable, se trasluce, más que la tentativa de revisión de lo ya dicho, un programa para el nuevo modelo de relato del *Quijote* de 1615, en el que las interpolaciones van a tener menos espacio cuantitativo y cualitativo, tal y como enuncia varios capítulos más adelante el propio Cide Hamete:

En esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente y con solas las palabras que bastan a declararlos (II, 44).

Un nuevo modelo narrativo en el que la violencia no cerrará las aventuras de don Quijote, o mejor, lo hará en muchas menos ocasiones que en la primera parte. Para conseguirlo, Cervantes ha tenido que hacer a don Quijote menos loco y más cuerdo, hacer, en suma, que no vea la realidad a través del prisma de los libros de caballerías, que no vea castillos donde hay ventas ni enemigos en cualquier viandante, para que no se sienta obligado a emprender una nueva aventura que inexorablemente lo lleve a ser apaleado. Esa zozobra interior, mientras espera a Sansón Carrasco, que hemos visto como el posible inicio de su autoconciencia, sin duda ha disminuido el ingrediente loco y aumentado el cuerdo en el oxímoron constitutivo de su personalidad (Socrate 1974: 40), que se va extendiendo poco a poco, en sus parlamentos y en su modo de verse a sí mismo; escuchémosle aún mientras analiza la cuestión del exceso de vapulamientos:

—Con todo eso —respondió el bachiller—, dicen algunos que han leído la historia que se holgaran se les hubiera olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor don Quijote.

—Ahí entra la verdad de la historia —dijo Sancho.

—También pudieran callarlos por equidad —dijo don Quijote—, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fee que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero.

—Así es —replicó Sansón—, pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna (II, 3).

Don Quijote parece aceptar que se pueda contar su historia sin obviar los palos, sin justificar sus derrotas y vapulamientos por la intervención de los encantadores —desaparecidos de II, con la función de componedores del mundo roto por don Quijote—, es decir que acepta de algún modo que en sus aventuras hubiera un lado inglorioso, imposible de justificar por otras vías que no sean las de la simple derrota ante la realidad material y sin escudarse tras la idea de que su

visión es diferente a la de los demás. La observación de su yo pasado va extendiendo las raíces de la cordura por el terreno de su conciencia. En este diálogo con Sansón Carrasco sobre la conveniencia de contar al modo del historiador o del poeta, se va insinuando un conflicto que marcará el desarrollo de toda la tercera salida, como puso de relieve Torrente Ballester (1975: 160), en la que el loco andante encontrará repetidamente a personajes que han leído el libro de la primera y segunda salidas, con opiniones sobre el mismo radicalmente distintas a la del caballero: para ellos, será un libro cómico, con un personaje ridículo; para él, un libro épico. Ese contraste de interpretaciones está en la base de muchos episodios, en los que los otros le presentan a don Quijote una realidad falsificada según el modelo caballeresco, para que actúe según los parámetros del libro de 1605 y puedan divertirse a su costa. El primero de todos, Sancho; aunque él no lo haga por diversión; le seguirán Sansón Carrasco, por dos veces, y los duques y su corte muchas más.

2. LA TERCERA VIDA DE DON QUIJOTE

En uno de esos episodios con la realidad modificada según las caballerías, don Quijote viene a saber de la existencia de otro caballero andante con su mismo nombre, que va por el mundo perdiendo duelos y fama. Se lo comunica otro caballero andante, el Caballero del Bosque -una especie de doble de nuestro manchego, según sostienen varios cervantistas de pro (Alter 1975: 22-23; Torrente Ballester 1975: 186-7; Pini Moro 1990: 226; Roca Mussons 2006: 131)-, quien, en la noche en que ambos velan armas a la espera del primer rayo de luz para combatirse con denuedo, asegura al atónito don Quijote lo que sigue:

-De lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla a aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo los ha vencido a todos, y habiéndole yo vencido a él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado a mi persona,

y tanto el vencedor es más honrado

cuanto más el vencido es reputado;

así que ya corren por mi cuenta y son más las innumerables hazañas del ya referido don Quijote (II, 14).

Sansón Carrasco niega la memoria de sí, de su pasado, que tiene don Quijote. En cierto sentido, hace que se produzca un corte en la permanencia de la propia identidad por encima del tiempo, el tercer principio de la identidad postulado por Ricoeur (1990: 140-143). Don Quijote vive tal sensación de extrañamiento que no sabe cómo responder; querría gritarle impostor y mentiroso al oscuro individuo que lo interpela; opta, en cambio, por ocultar su verdadera identidad, mientras pide una descripción del vencido y, claro, el del Bosque se la dará y muy puntual; al fin y al cabo, le basta con limitarse a observar a quien tiene delante:

-[...] Es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos (II, 14).

En estas palabras Sansón le ofrece la prueba de la identidad numérica (Ricoeur, primer postulado) entre el caballero que él venció y el que tiene delante. Por cierto, dicho sea de pasada, esta es la descripción más completa de don Quijote de toda la obra y también, cómo

no, la más fidedigna, pues la del primer y segundo autor lo son tanto como lo puedan ser sus fuentes, mientras que esta brota de la observación directa del objeto descrito. Pero volvamos a don Quijote, el cual mantiene impertérrito el tipo y el anonimato, mientras puede, que no será más de lo que dure el siguiente parlamento:

—Sosegaos, señor caballero —dijo don Quijote—, y escuchad lo que decir os quiero. Habéis de saber que ese don Quijote que decís es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habéis dado, tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido. Por otra parte, veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que, como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente, uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra; y para confirmación desto quiero también que sepáis que los tales encantadores sus contrarios no ha más de dos días que transformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán transformado a don Quijote. Y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo don Quijote, que la sustentará con sus armas a pie o a caballo o de cualquiera suerte que os agradare (II, 14).

Incapaz de negar la equivalencia entre la descripción y lo descrito, rehúye aún, con todo, el acatamiento del principio de identidad y se escuda tras la dicotomía esencia / apariencia: algún encantador debe de haber asumido la de don Quijote para desprestigiarlo sucumbiendo en el duelo con el del Bosque. El descaminado andante parece no haber caído en la cuenta de que tenía otro argumento para desmentir al del Bosque; bastaba con que, de los cuatro principios de la identidad postulados por Ricoeur (1990: 140-143), dejara de concentrarse solo en el primero -la identidad numérica entre dos ocurrencias diferentes del mismo sujeto- y reflexionara sobre el cuarto, el que propone la permanencia en el tiempo de la estructura del elemento (la personalidad de don Quijote) y sus prestaciones posibles, para que se percatara de que su interlocutor no podía estar hablando de él, pues él nunca ha vencido a todos los caballeros del mundo; ni lo hubiera podido hacer, aunque quisiera, desde el momento en que, en toda la extensión de sus dos salidas anteriores, no ha encontrado ni a uno solo. Sea como fuere, el caso es que, ya al final del parlamento, poco convencido él mismo de lo que está planteando, encara valientemente lo ominoso y se deja atravesar por su propio nombre mientras remite la comprobación de lo dicho por Sansón a la ordalía del combate singular.

El desasosiego que vive don Quijote, ante la evidencia del doble que arruina su buena fama, explica su primer impulso al encubrimiento y, a la vez, se explica a sí mismo, porque la insurgencia del doble ha de relacionarse con la muerte, si hemos de dar crédito a Otto Rank (1914). Para Rank, la figura del doble conecta al individuo con los mitos primigenios y es perturbante, para quien vive esa experiencia, porque puede tanto anunciar la muerte como mostrar la victoria sobre ella. Freud define “lo perturbante” en su conocido ensayo sobre el tema (*Das Unheimliche*, 1919; aquí 1978: 233-238) como la inexplicable repetición de lo idéntico, lo familiar (*heimlich*); eso es lo que le presenta Sansón Carrasco (*lapsus calami*: he revelado la verdadera identidad tras el doble del Caballero del Bosque) a don Quijote: la siniestra repetición de sí mismo.

El reto que le propone el nombre del vencido por Sansón Carrasco, una ideación fantástica del bachiller, obliga a don Quijote a imaginarse a sí mismo viviendo otra vida, en el mismo mundo, aunque por otros caminos, en la que pudiera ser vencido por otro aventurero. Ese alter

ego que le propone el estudiante no altera el equilibrio del caballero, como lo hacía el que el mismo estudiante le había presentado al principio de 1615; aquel era real y tangible, pergeñado en un libro por los siglos de los siglos, mientras este solo tiene existencia en un mundo virtual, alejado del mundo de don Quijote. Otro alter ego real y tangible, encerrado en un libro, también este, lo encontrará don Quijote a la altura del capítulo II, 59; la aparición de este tercer avatar le provocará tal desazón, que dedicará buena parte de sus acciones siguientes a desmentir el parentesco. Y no es para menos, visto que se trata del usurpador de su persona y su nombre al que Avellaneda ha dedicado la continuación de 1614. Nunca antes la identidad del don Quijote verdadero había corrido mayor peligro.

3. LA CUARTA VIDA DE DON QUIJOTE

Don Juan y don Jerónimo, dos viajeros encontrados en una venta camino de Zaragoza, le darán la funesta noticia de que se ha publicado un libro con la continuación de sus andanzas por España. No solo, sino que ponen en sus manos un ejemplar de la obra, para que él mismo pueda saborear la prosa deficitaria del apócrifo. Los dos vecinos de habitación ponen al corriente a los dos andantes del tratamiento que reciben sus personas en el libro de Avellaneda: Sancho se ha convertido en un comilón, sucio y borracho, y, para colmo de males, ni siquiera gracioso; don Quijote, por su parte, se llama ahora El Caballero Desamorado y ha echado totalmente en olvido a Dulcinea del Toboso; su locura ha subido de grado, arremete a golpes con el primero que se le ponga delante, con que solo tenga una mínima relación con el mundo caballeresco y ya casi no puede ni intervenir razonablemente en cualquier conversación.

La incoherencia de los atributos y de las acciones de los personajes de Avellaneda debería tranquilizar a los dos compañeros. No será así. La perspectiva de que los lectores puedan ver a los ectoplasmas del continuador como una prolongación de ellos mismos en el tiempo, nueve años más tarde de su primera salida, los obliga a tomar posición una y otra vez, y a pedir implícita y explícitamente la colaboración de quienes los acompañan. En este caso, don Juan y don Jerónimo no necesitan siquiera que se lo pidan; en cuanto los ven, uno de ellos declara lo siguiente:

—Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia: sin duda vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, a despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro que aquí os entrego (II, 59).

El viajero certifica la identidad del caballero basándose en una forma de cratilismo neoplatónico, que tal vez haya aprendido en *De los nombres de Cristo*, de Fray Luis de León (1986: 155), según la cual, existe una correspondencia estrecha entre el nombre y la esencia de la cosa. Claro que lo que preocupa a don Quijote no es si es válida o no la teoría de Platón y después de Fray Luis, sino la usurpación de su nombre y su fama. Ante esta tesitura, don Quijote decide marcar claramente la discontinuidad con el usurpador de su identidad; informado por sus interlocutores de las andanzas zaragozanas del falso caballero (Avellaneda, en esto, todo hay que decirlo, había seguido al pie de la letra el programa trazado en el final de 1605 por el narrador), cambia en el acto el destino final de su nuevo periplo aventurero: ya no irá a Zaragoza, como había dejado tantas veces asentado en los cincuenta y ocho capítulos precedentes, sino que pondrá rumbo a Barcelona, para sacar mentiroso a Avellaneda.

Tanta obcecación con Avellaneda por parte de don Quijote y Sancho ha de esconder una segunda intención del autor. A ellos, al fin y al cabo, no les había ido muy bien con Cervantes

en 1605, como han podido constatar en la apresurada síntesis crítica que les ha hecho Sansón Carrasco, al principio de la segunda parte; en efecto, en cuanto personajes autoconscientes, tal vez les hubiera interesado más expandir su existencia a otras obras y dejar que fueran los lectores quienes dictaminaran sobre la cohesión del corpus. Un indicio sobre la existencia de esa segunda intención del autor de la que hablo lo tendríamos en la frase de despedida de don Juan:

—[...] Si fuera posible, se había de mandar que ninguno fuera osado a tratar de las cosas del gran don Quijote, si no fuese Cide Hamete, su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado a retratarle sino Apeles (II, 59).

Más allá del tono levemente paródico de la comparación de don Quijote con Alejandro Magno, se parece percibir la defensa de los derechos de propiedad intelectual de Cervantes, en la persona de su representante legal Cide Hamete, frente al falsario Alonso Fernández de Avellaneda. Y no deja de ser curioso que el alcaláino no baje al barro personalmente para lidiar con el apócrifo, al fin y al cabo tan de carne y hueso como él, y mande a desempeñar la despreciable tarea a su alter ego ficticio, el morisco Cide Hamete. En alternativa, hubiera podido confrontar a Cide Hamete con Alisolán, el autor ficticio del libro de Avellaneda, y, sin embargo, no: prefiere que Cide Hamete se las vea directamente con el autor apócrifo, casi como si quisiera reducir la fuerza vital de este y su existencia real al nivel de un ente ficticio, porque no otra cosa se merece quien adopta una identidad ficticia, refugiándose en un mundo casi tan virtual como el del morisco.

A partir de este momento, se va a producir un cambio en la percepción de don Quijote por parte de los demás personajes, que determinará también un cambio en el tratamiento que va a recibir. La base de la modificación se halla en la interpretación del libro de 1605 y la relación entre el don Quijote presente y su “persona” de 1605. Hasta el capítulo II, 59, los interlocutores del hidalgo no parecían tener dudas sobre el hecho de que el libro publicado fuera un libro de entretenimiento que cuenta las aventuras paródicas de un protagonista loco. Por tal lo tiene don Diego de Miranda, como subraya el narrador:

Destá última razón de don Quijote tomó barruntos el caminante de que don Quijote debía de ser algún mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase (II, 16).

Y luego él y su hijo confirmarán su primer juicio, aunque matizado en la fórmula “un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos” (II, 18). En consecuencia, el libro de sus aventuras será un libro cómico, por más que don Quijote se vanaglorie ante don Diego del gran éxito alcanzado por la publicación, haciéndolo derivar de sus heroicos méritos:

—[...] Por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo: treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia (II, 16).

Los doce mil volúmenes de los que hablaba Sansón Carrasco se han convertido en treinta mil en el recuerdo interesado de don Quijote. La perplejidad acerca del tratamiento recibido y la estructura de la obra, que lo había llevado a criticarla abiertamente, se ha transmutado ahora en orgullo estridente. Esta contraposición entre las dos interpretaciones de la primera parte se proyecta sobre las figuras del trotamundos y su escudero, que para los demás serán locos descaminados y para sí mismos protagonistas célebres de un libro de caballerías de éxito rotundo; algo que podemos constatar en las burlas del palacio de los duques y en la actitud escéptica del Caballero del Verde Gabán y su hijo. Pues bien, la lectura ajena del libro de 1605 parece invertir

su sentido, a partir del capítulo anterior a la epifanía de Avellaneda en la segunda parte, cuando los dos viandantes encuentran a un grupo de imitadores de la Arcadia, lectores aprovechados de las hazañas de don Quijote, lo que los lleva a recibirlo con estas palabras:

—¡Ay, amiga de mi alma —dijo entonces la otra zagala—, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? Pues hágote saber que es el más valiente y el más enamorado y el más comedido que tiene el mundo, si no es que nos miente y nos engaña una historia que de sus hazañas anda impresa y yo he leído. Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza, su escudero, a cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen (II, 58).

El tributo emocionado y sincero, sin burlas o segundas intenciones, se repite hasta cuatro veces en el episodio. Para los zagales, el personaje y el libro transmiten valores trascendentes dignos de admiración y alejados de la visión paródica imperante hasta ese momento. Con diferentes matices, será esta sustancialmente la actitud con la que los van a recibir Roque Guinart, el bandolero catalán (II, 60), Antonio Moreno en Barcelona (II, 62), Altisidora, la segunda vez (II, 69), y Álvaro Tarfe, el mentor del don Quijote de Avellaneda (II, 72). No parecerá una casualidad que, al lado de esta revalorización del personaje de don Quijote y del libro que cuenta sus hazañas, casi todos esos personajes se impliquen en primera persona en la campaña contra el apócrifo, con Antonio Moreno que comenta las deformaciones del carácter de Sancho en el libro de Avellaneda, sin nombrarlo; o Altisidora que cuenta el sueño en que unos diablos juegan al tenis con raquetas de fuego y el libro de Avellaneda como pelota; o Álvaro Tarfe que firma una declaración ante el alcalde el lugar en la que corrobora que el verdadero don Quijote es el que tiene ante sí.

El incidente Avellaneda provoca un salto de calidad: los demás personajes se alinean con don Quijote en la misma interpretación glorificante del libro de 1605, como única forma de defensa contra el enemigo común; ahora el objeto de los ataques ya no será el caballero, sino el libro del apócrifo. En los últimos quince capítulos de 1615 hay siete episodios diferentes (en los capítulos 59, 61, 62, 70, 72 y dos veces en el 74) que tienen como eje vertebrador el ataque al falsario y la defensa de la propiedad intelectual de Cide Hamete, el elemento unificador de las dos partes del libro, junto con don Quijote y Sancho Panza. La casi total desaparición del conflicto entre los demás personajes y don Quijote sobre la interpretación que se ha de dar a su doble de 1605 consiente la perfecta integración de las dos partes de sí, la de 1605 y la de 1615, como mejor respuesta posible a la alternativa ofrecida por el doble de Avellaneda.

4. CONCLUSIONES

Así pues, las otras tres vidas de don Quijote determinan una evolución del personaje, con sus repercusiones sobre su personalidad y su modo de comportarse, pero también condicionan el modo en que lo ven los demás personajes, lo que, en último término decreta un cierto tipo de desarrollo de la novela. En el primer evento traumático de desdoblamiento temporáneo, don Quijote observa desde su estatuto de realidad presente su otra forma de existencia literaria, encerrado en las páginas de un libro ya publicado y, como resultado de esa “autoscopia”, adquiere una autoconciencia como personaje, que potencia el lado cuerdo de su personalidad y le evita, a partir de entonces, las pendencias violentas a cada vuelta de la esquina. Tras el segundo trauma, el ectoplasma de don Quijote vencido por el Caballero del Bosque solo en su fantasía, el hidalgo andante parece identificarse con el libro publicado en decenas de miles de ejemplares, en una suerte de simbolización recíproca: el libro vive de la gloria del personaje y el personaje de la del libro: el ego de don Quijote aumenta en relación directa con el número de ejemplares de 1605

vendidos; los demás así lo ven también, pero para utilizar esa reflexión recíproca como base sobre la que, invirtiendo el significado eufórico propuesto por el caballero, montar sus escenas de burlas disfóricas. Vemos cómo, la confrontación de don Quijote con las dos primeras vidas alternativas, los dos dobles surgidos de dos mundos virtuales -el del libro estampado y el de la fantasía de un falso caballero andante- genera una imagen de sí opuesta a la de los demás personajes; esa antítesis es la del esquema básico de acciones de la mayor parte de las situaciones del libro de 1615. Las otras acciones, las que se desarrollan a partir de la epifanía de Avellaneda en el capítulo II, 59, basadas en la constitución de un grupo de acción contra el falsario, las han hecho posibles la confrontación de don Quijote con el tercero de sus avatares, situado en su mismo nivel de realidad (ambos encerrados en las páginas de sendos libros). Para don Quijote, la confrontación con los otros tres don Quijotes ha constituido, qué duda cabe, una prueba de fuego para su personalidad, pero para el avance del relato y la construcción de la trama en torno a los conflictos de los personajes ha sido un motor fundamental.

REFERENCIAS

- Alter, R. (1975). *Partial Magic: The Novel as a Self-Conscious Genre*, Berkeley, University of California Press.
- Castoldi, A. (1991), «Per una definizione del doppio», *Il confronto letterario*, 16, pp. 251-263.
- Fernández de Avellaneda, A. (2000) [1614]. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de Luis Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Fray Luis de León, (1986). *De los nombres de Cristo*, ed. Cristóbal Cuevas García, Madrid, Cátedra.
- Freud, S. (1978). *Lo ominoso*, [1919], en *Obras completas*, 23 voll., Buenos Aires, Amorrortu, vol. 17, pp. 215-251.
- Jung, C.F. (1985). *Tipos psicológicos*, 2 voll., Buenos Aires, Sudamericana.
- Pini Moro, D. (1990). «El Quijote y los dobles: Sugerencias para una relectura de la novela cervantina», en AA. VV., *Actas del I Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Barcelona, pp. 223-233.
- Rank, O. (2004). *El doble*, [1914], Buenos Aires, JCE Ediciones.
- Ricoeur, P (1990). *Soi-même comme un autre*, Paris, Seuil.
- Roca Musons, (2006). «Don Quijote y los espejos», en Maria Grazia Profeti, *Follia, follie*, Firenze, Allinea,, pp. 129-148.
- Torrente Ballester, G. (1975). *El «Quijote» como juego*, Madrid, Guadarrama.